



Hegemonía, cultura y nación

*Alejandro Grimson**

Resumo – “Neoliberalismo” é geralmente sinônimo de um tipo de modelo econômico. É preciso considerar que “neoliberalismo” se refere também à configuração sociocultural que torna possível, e que é resultado, dessa forma da economia e da política. Trata-se de pensar as condições históricas da imaginação social que tornaram possível e que emergiram como consequência das políticas neoliberais. O desafio consiste em realizar uma análise e o balanço do período que se abre em diferentes países latino-americanos entre fins dos anos oitenta e o início dos anos noventa. Este texto pretende discutir algumas idéias necessárias para um projeto desse tipo. Como configuração cultural que excede um tipo de governo ou de política econômica, o neoliberalismo incidiu (e incide) nos modos como o mundo é narrado, nos sentidos atribuídos ao passado e ao futuro nas características dos projetos intelectuais, nas práticas da vida cotidiana, na percepção e no uso do espaço, nos modos de identificação e na ação política.

Palavras-chave: cultura; hegemonia; neoliberalismo; nação; identidade; América Latina.

Introducción

Comprender los sentidos comunes como cultura tiene una larga tradición a la vez que adquiere, en cada circunstancia, una implicancia política. Interrogarse por los sentidos comunes, en plural, implica no sólo preguntarse por la institución de la hegemonía, sino también por su eficacia sobre los sectores que subalterniza. Esto implica desnaturalizar los sentidos instituidos acerca de cómo debe operar e intervenir un sujeto en el escenario públi-

co, con cuáles categorías puede o debe identificarse, acerca de la relación entre lo privado, el consumo y los consensos simbólicos, acerca de los proyectos políticos y el papel de los intelectuales.

La política neoliberal implicó un grado importante de consenso social en la mayor parte de los países latinoamericanos. En ese sentido, puede señalarse una condición necesaria para la institución de esa política con persistencia en el tiempo: la emergencia de

* Doutor em Antropologia e Pesquisador do CONICET. E-mail: agrimson@fibertel.com.ar.



una nueva hegemonía cultural. No son pocos los países latinoamericanos en los cuales los gobiernos neoliberales accedieron a través de elecciones y fueron después ratificados por el voto. No son pocos los países latinoamericanos en los cuales, durante varios años (y hasta la actualidad en algunos casos) las propuestas de regulación e intervención pública eran consideradas por la facción gobernante y por amplios sectores sociales como formas vetustas y anacrónicas.

Hubo resistencias y protestas sociales de diversas intensidades. En algunos casos, también en esos conflictos se hace presente una nueva configuración cultural. Se trata de comprender que la hegemonía es, también, un proceso histórico de institución de límites precisos a la imaginación social y política. Es necesario distinguir las luchas sociales y culturales que se desarrollan dentro de esos marcos de aquellas otras que desafían las fronteras o buscan, aún más, modificar las fronteras de la imaginación de una etapa histórica.

Así, una condición básica de cualquier proyecto hegemónico consiste en instituir los lenguajes de la disputa social y, por lo tanto, las palabras que pueden enunciarse y los tonos en que deben ser pronunciadas. Subalternizar implica constituir la imaginación política de aquellos que se oponen al proyecto hegemónico. Es decir, definir el campo de sentidos donde se desarrolla el conflicto social, estipular con eficacia cuáles son las acciones, reclamos y repertorios potencialmente eficaces en

una etapa determinada. La hegemonía no es simplemente un proceso de legitimación de un cierto gobierno o de un cierto paquete de medidas. La hegemonía implica necesariamente un proceso de estructuración de las relaciones sociopolíticas, es decir, requiere de la institución de una cierta cultura política.

Más allá de si la hegemonía es más o menos duradera, mientras los conflictos no logran reponer la contingencia de esos sentidos instituidos de las acciones, los reclamos y los repertorios podemos estar seguros de la solidez de la configuración cultural vigente. En cambio, cuando las protestas sociales o intervenciones culturales comienzan a disputar la legitimidad de los procedimientos de producción de consensos, cuando los conflictos puntuales disputan sentidos más abarcadores de la acción colectiva o de la acción institucional, entonces comienzan a instalarse brechas en esa configuración.

De allí, insistimos, la relevancia de distinguir las acciones sociales que trabajan dentro de los marcos definidos, de aquellas acciones que trabajan sobre esos marcos, produciendo o buscando producir modificaciones. Las primeras trabajan dentro de los límites de una imaginación social y política; las segundas producen cambios, de escala diversa, sobre esa imaginación. Por ello, una acción social y política que apunte a la hegemonía cultural es necesariamente una lucha para ampliar los límites de esa imaginación.



Si bien “neoliberalismo” es un fenómeno a ha atravesado y atraviesa América Latina, una complejidad específica proviene, justamente, de que el término no tiene un significado único en los diferentes países y para los distintos sectores sociales. El “pensamiento único” no parece haber estado completamente unificado. En un país se lo asocia con un presidente, en otros con una corriente de ideas, en otros con ciertas medidas económicas. Y aunque la política económica considerada neoliberal tiene rasgos marcados por la apertura comercial, la privatización, la desregulación, la liberalización de mercados de capital, el ajuste fiscal, las políticas sociales focalizadas (no universales), los alcances concretos son significativamente diferentes entre países. Si los alcances son contrastantes también lo son las condiciones culturales que lo hicieron posible.

Ahora bien, esa heterogeneidad entre espacios nacionales se vincula estrechamente a la relevancia específica de los estados en los procesos de producción de hegemonías. El Estado no sólo es un agente clave; es también el principal destinatario de los reclamos en movimientos y actores sociales, incluso en el marco de procesos de globalización. En ese sentido, el Estado es el nodo clave de la red política y, por lo tanto, es protagonista de la conformación histórica de las configuraciones culturales hegemónicas. Por lo tanto, en cada espacio nacional se constituye un horizonte imaginativo específico en términos sociales y políticos. Si bien las ideas, los repertorios de

acción viajan a través de los medios de comunicación y de redes de activistas, el espacio nacional resulta clave a la hora de establecer y disputar los significados para esas acciones, su viabilidad y su eficacia.

Comienzan a emerger bases sólidas para un nuevo consenso académico acerca del papel del Estado, de los efectos sociales del neoliberalismo y de los modos de movilización social, entre otros aspectos. Querría aquí centrarme en un aspecto que considero clave de ese consenso. Me refiero al papel del Estado-nación y su vinculación con los procesos sociales e identitarios.

Si me refiero a un nuevo consenso académico es porque hay otro consenso que, aunque vigente, está siendo fuertemente discutido y, a mi modo de ver, superado. Se trata de los diagnósticos realizados básicamente en los años noventa que consideraban a las políticas de ese período, a las forma de ejecutarlas y a los diagnósticos que pretendían fundamentarlas como tendencias estructurales e irreversibles más que como agenciamientos específicos y contingentes. El ejemplo más elocuente de esto fue el pronóstico, hoy a todas luces disparatado, de desaparición de los estados nacionales y de los modos de movilización e identificación vinculados a ellos. Resulta claro que esos análisis sociales resultaban funcionales a una ideología que nunca se concibió como una opción entre muchas otras. Se autodefinía como la única alternativa ante el “caos”. Así, puede generar amplio consenso



diagnosticar la desaparición del Estado cuando quienes tienen el poder del Estado pretenden aplicar políticas que lo debiliten como actor de protección social y de regulación económica. Sin embargo, ese diagnóstico convertía a la coyuntura en tendencia de largo plazo, a la política que tenía consenso social (pero contingente) en un proceso objetivo, independiente de la voluntad.

En contra de pronósticos globalistas y de autojustificaciones, el Estado no ha desaparecido. Si, como se ha dicho, el Estado fuera realmente a desaparecer como resultado de la globalización, la historia tendría un destino definido por fuerzas que no podemos controlar. Cuando un relato de este tipo se convierte en sentido común, cuando es aceptado sin debate, esto se traduce en un sistema axiológico según el cual las acciones que contribuyan a realizar el destino definido son positivas y aquellas que se le opongan son consideradas obstáculos negativos.

Así, el neoliberalismo pretende identificarse con el futuro mientras identifica con el pasado a sus oponentes. Y, aunque resulte sorprendente y con todas las mediaciones que se puedan considerar, algo análogo sucede en las ciencias sociales: quienes consideren que el estado, las clases, la desigualdad y los movimientos sociales son herramientas conceptuales indispensables pueden ser acusados de no haberse “actualizado”, allí donde “actualización” es en realidad un ir detrás de modas teóricas y preferir conceptos por su

efectividad en los auditorios antes que por su efectividad analítica.

Los estados no están en proceso de desaparición. Ciertamente ha cambiado la trama de relaciones en la cual los Estados se encuentran insertos y tienen fuertes condicionamientos externos. Ahora bien, frente a esos condicionamientos distintos estados nacionales han respondido de modos diversos.

El Estado se ha retirado en relación a sus tareas y políticas sociales universales. Aunque lo ha hecho de modos muy diferentes en distintos países, el neoliberalismo impulsó con bastante éxito la destrucción de las versiones locales del “Estado de bienestar”. Ahora, esta es una tendencia histórica que puede ser revertida o transformada. Esto es importante porque no es consistente la nueva teleología que afirma que esta tendencia es una prueba suficiente de que el Estado no cumplirá más el papel de principal articulador social. Esto no significa la desaparición del Estado, ya que éste conserva su monopolio de la violencia legítima (y lo usa reiteradas veces durante el modelo neoliberal y sus crisis) y conserva su soberanía en dimensiones clave.

¿A quién podrían exigirle los ciudadanos bolivianos la aplicación de mayores impuestos al petróleo y el gas? Sólo el Estado puede aumentar o reducir esos impuestos. Su decisión, obviamente, no es libre. Pero tampoco lo era en el siglo XIX o en el siglo XX. Los condicionamientos externos no surgieron con el Consenso de Washington. Se han



transformado, pero cuando su papel se exagera es siempre para reforzar la idea de que la política, la voluntad y la capacidad de generar márgenes de autonomía han perdido relevancia. Sin embargo, estos últimos años de crisis del neoliberalismo en varios países han mostrado que aquello que es posible e imposible depende, en buena medida, de cómo actúan los gobiernos y los estados. La política actúa en campos de posibilidad que, a su vez, influye en definir:

El lugar de lo nacional en la hegemonía

En el pasado en las ciencias sociales, y en el presente en el plano de la acción política, la nación fue comprendida como un conjunto de seres humanos que comparten, además de un territorio y un Estado (real o deseado), una serie de rasgos culturales: una lengua o la variedad de una lengua, una religión, un modo de ver el mundo, una serie de tradiciones, entre otras cosas. Cada versión teórica enfatiza tal o cual aspecto, del mismo modo en que lo hace cada versión política. Pero la nación era comprendida como “un conjunto de rasgos culturales objetivos”.

En los últimos veinte años cualquier conceptualización de la nación como “cultura objetiva y homogéneamente compartida” ha sido ampliamente criticada y teóricamente devastada en las ciencias sociales y las humanidades. La nación se reveló, especialmente en el trabajo de los historiadores pero también de

los antropólogos, como “artefacto”, “construcción”, muchas de cuyas tradiciones fueron inventadas o creadas como parte de la legitimación de la propia idea del Estado como agente de soberanía. Esta conceptualización implicó una transformación radical de los modos de comprender a la nación y a los nacionalismos. La nación fue desencantada y deconstruida a través de un trabajo arduo y riguroso.

Si la concepción esencialista afirmaba que los miembros de una nación tenían rasgos culturales objetivos en común, la concepción constructivista tendió a afirmar que la “comunidad” es básicamente “imaginada”. Es decir, la nación es, en esta visión, el resultado simbólico de un proceso histórico complejo.

El constructivismo buscó la respuesta en la imaginación de la comunidad, y esa imaginación fue explicada a partir de la historia del “capitalismo impreso” y de la institución de la bandera, el mapa, los mitos y los rituales. Ahora bien, “símbolos, alegorías, mitos sólo crean raíces cuando hay terreno social y cultural en el cual se alimenten. En la ausencia de esa base, la tentativa de crearlos, de manipularlos, de utilizarlos como elemento de legitimación, cae en el vacío, cuando no en el ridículo” (Carvalho, 1990, p. 89).

Esto nos lleva a considerar uno de los grandes límites del constructivismo. El constructivismo explica muy bien que cada nación y cada identidad es una construcción (valga la redundancia para comentar algo que devino



bastante redundante). El constructivismo, sin embargo, no puede explicar o comprender por qué esas construcciones fueron exitosas. Una teoría que pretenda explicar los motivos de las construcciones identitarias exitosas en términos de legitimación, debe poder también explicar los motivos de construcciones fracasadas e, incluso, de inventos que cayeron en el absurdo.

Invenções, creaciones, construcciones hay constantemente. Pequeñas o grandes ideas imperialistas, antiimperialistas, secesionistas, autonomistas, xenófobas, tradicionalistas recorren las sociedades. Sólo una pequeña, muy pequeña porción de todas esas ideas y proyectos, consigue efectivamente realizarse, instituirse como prevaleciente o convertirse en sentido común. Muchas fracasan, otras se transforman. Desde la perspectiva constructivista se han estudiado con relativa profundidad casos exitosos de construcción nacional de legitimidad. Pero como no se han estudiado sistemáticamente los fracasos o, más en general, las crisis y fisuras en esos procesos de legitimación nacional, no se ha podido construir una teoría abarcadora que dé cuenta de las motivaciones de los procesos y de los agentes.

Los problemas del constructivismo no pueden resolverse desde el viejo esencialismo. Es necesario, en cambio, enfatizar una dimensión descuidada. Ni el esencialismo ni el constructivismo consideran relevante la experiencia compartida. Pretendo argumentar aquí que ese conjunto de personas socialmente desiguales y culturalmente diferentes que se

consideran miembros de una nación comparten experiencias históricas remarcables que son constitutivas de modos de imaginación, cognición y acción.

Permítanme, a modo de ejemplo, desarrollar el caso que mejor conozco, el de mi propio país. ¿Qué es lo que tienen en común los argentinos? Según la primera versión, esencialista, los argentinos comparten el tango, el asado, el español y un pasado de héroes, entre otras cosas. No es difícil percibir que esta conceptualización se articula con la pretensión de configurar o ratificar una hegemonía y que en ella el pasado seleccionado viene a ratificar un orden contemporáneo. Según la segunda versión, constructivista, los argentinos se imaginan como comunidad porque el Estado fue altamente eficiente, especialmente después de 1880 y hasta hace pocos años, en construir esa idea de comunidad a través de la escuela, el servicio militar, los medios de comunicación y otros dispositivos. La perspectiva constructivista es muy productiva para analizar cómo el esencialismo es, más que una descripción de una realidad objetiva, básicamente performativo.

Hacia una concepción experiencialista

Según una tercera versión, la que pretendo sustentar aquí, los argentinos comparten experiencias históricas configurativas que han



sedimentado traduciéndose en que la diversidad y desigualdad se articulen en modos de imaginación, cognición y acción que presentan elementos comunes.

Esta tercera versión, entonces, asume – al igual que la primera – que efectivamente los argentinos comparten algo. Pero se diferencia de la primera al considerar que aquello que los argentinos comparten no es justamente lo que los argentinos o su Estado dicen compartir. En realidad, los argentinos no comparten el tango, porque dentro del país hay una diversidad de músicas. No comparten una lengua primera, porque dentro del país hay diferentes variedades del español y hay otras lenguas. Obviamente no comparten una religión. Comparten una experiencia histórica, algunos de cuyos principales hitos y momentos pueden ser reconstruidos y analizados.

Esta tercera versión experiencialista coincide con la segunda, la constructivista, en que “los argentinos” son un resultado del proceso histórico, contingente como tal. Pero se diferencia porque enfatiza la sedimentación y porque subraya que no se trata sólo de procesos simbólicos resultados de fuerzas simbólicas, sino de lo vivido históricamente en el “proceso social total” (Williams).

Los argentinos comparten la experiencia histórica de la lucha peronismo/ antiperonismo, la experiencia de la imposibilidad de la convivencia política durante décadas, la experiencia de un genocidio, la experiencia de la inestabilidad institucional, la experiencia de

la hiperinflación, la experiencia de la convertibilidad, la experiencia del “corralito”, entre muchas otras cosas. Si pretendiéramos sintetizar, quizá podríamos afirmar que en la experiencia reciente los argentinos comparten la hiperinflación (como disgregación económica de la sociedad) y comparten el genocidio (como disgregación política de la sociedad). Es decir, el terrorismo de Estado y el terrorismo económico. La paradoja es que justamente un conjunto de personas que comparten básicamente experiencias disgregadoras tienen en común haber vivido esos procesos y estar atravesados por ellos.

¿Están atravesados del mismo modo? La desigualdad social y las diferencias culturales entre los argentinos establecen bases y marcos para procesar de múltiples maneras procesos como estos. Al mismo tiempo, son procesos que – aunque de maneras disímiles – atravesaron al conjunto del cuerpo y tejido social.

Esas experiencias, desigualmente compartidas (entre clases, grupos étnicos, géneros, generaciones) son centrales en cómo concebimos aquí a la nación. En todas las naciones que conocemos hay diversidad y hay desigualdad. En ese sentido, podemos estar seguros de que las experiencias son vividas de modo desigual y diferente. Eso es evidente. Lo que es menos evidente es por qué, a pesar de eso, son naciones. Proponemos aquí buscar la respuesta en la experiencia histórica.



Hasta donde sabemos, aún estamos lejos de estar en condiciones de elaborar una teoría experiencialista de la nación. Sin embargo, podemos ubicar y señalar algunos aspectos oscuros del (de) constructivismo, así como algunos elementos de otras perspectivas teóricas que esa nueva conceptualización debería tener en cuenta.

- 1) El énfasis colocado en la deconstrucción y el cuestionamiento del sentido común, debe ser complementado con un esfuerzo etnográfico, etnohistórico y teórico de comprensión de las lógicas del sentido común. El sentido común considera a las naciones como entidades ancestrales, cuya defensa se lleva en la sangre. El constructivismo ha mostrado que se trata de artefactos bastante recientes que nada tienen que ver con la biología. Continuar mostrando esto mismo no es un gran esfuerzo para nadie y sólo ayudará a consolidar nuestros propios sentidos comunes constructivistas. El desafío es entender por qué la gente construye entidades de ese tipo, para qué las usa, qué siente, de qué se protege. Es decir, cuál es la lógica práctica de la nación, lógica que hoy parece ocultarse detrás no sólo de su naturalización, sino también de su deconstrucción.
- 2) Si uno de los ejes teóricos del constructivismo fue la historicidad y las contingencias de los fenómenos sociales, resulta necesario subrayar que la historia es cambio a la vez que es sedimentación.

Justamente necesitamos articular teóricamente los conceptos de experiencia y de sedimentación, mostrando que la tensión entre lo sedimentado y lo contingente se vincula a que cuando se plantean disyuntivas no todos los caminos son imaginables, legítimos y, por lo tanto, posibles. La sedimentación no es sólo conocimiento, es sentimiento, parámetro cognitivo y, en ese sentido, coacción simbólica.

- 3) La idea de la esencia grupal fue arrasada críticamente, tanto en su contenido como en su metáfora biológica, por conceptos como construcción e invención. El desafío ya no consiste en demostrar que toda identidad es el resultado de un proceso histórico, sino en entender por qué las personas y los grupos tienden a considerarlos entidades eternas y naturales. Por otra parte, si podemos acordar simplemente en que “todo lo social es construcción histórica”, ya no hay mucho para agregar a los procesos de naturalización. El problema es por qué algunas construcciones funcionan y otras fracasan, y cuáles son las relaciones de estos éxitos o fracasos con condiciones socioeconómicas, políticas y culturales.

Estado y nación

Desde esta perspectiva conviene revisar algunas conceptualizaciones acerca de la “nación”. Los conceptos de “Estado” y “nación” muchas veces tienden a ser confundidos



analíticamente. El Estado-nación es una entidad histórica, una articulación efectiva pero contingente entre un complejo dispositivo institucional y una conformación sociocultural.

En el mundo contemporáneo pareciera evidente que el “Estado”, los Estados, tienden a desdibujarse y perder poder de intervención de manera creciente. Como es muy sabido que la “nación”, y especialmente el nacionalismo, es históricamente mucho más una consecuencia del Estado y sus políticas que cualquier forma de causa del proceso institucional, se tiende a suponer que al plantearse la disgregación o el debilitamiento del Estado se plantea la difuminación de la nación.

Considérese este silogismo: el Estado creó la nación, el Estado se difumina; luego, la nación se difumina.

Aquí hay dos cuestiones diferentes para discutir. La primera se refiere a si el Estado realmente está desdibujándose en el mundo contemporáneo. La segunda se refiere a si eso realmente tiene consecuencias sobre la nación y, en todo caso, qué tipo de consecuencias. Una cosa es la lógica formal y otra la lógica de la historia.

El Estado, en muchos países del mundo, se ha retirado y continúa retirándose como dispositivo institucional vinculado al desarrollo social, a la redistribución y al bienestar. Esta es una tendencia que se manifiesta de manera muy heterogénea, con excepciones, con distintas negociaciones, idas y vueltas. A pesar de esa diversidad, el neoliberalismo impulsó con bastante

éxito la destrucción de las versiones locales del “Estado de bienestar”. Esta es una tendencia histórica que puede ser revertida o transformada. Esto es importante porque no es consistente la nueva teleología que afirma que esta tendencia es una prueba suficiente de que el Estado no cumplirá más el papel de principal articulador social, agente hegemónico clave.

Por otra parte, es necesario distinguir entre las “funciones sociales” del Estado y sus funciones represivas. Porque si es cierto que en muchos países el Estado se ha retirado de su papel en la protección y seguridad social, también es cierto que eso no indica nada acerca del poder estatal de represión y control. La mayoría de los países conservan intactas sus fuerzas armadas y de seguridad, otros han incrementado en diferente grado sus dispositivos. En las crisis sociales y políticas que el propio retiro social del Estado provoca puede verificarse que en muchos países el papel represivo continúa siendo muy poderoso.

En otras palabras, los Estados, como dispositivos institucionales que ejercen soberanías territoriales, no han desaparecido ni desaparecerán en los próximos años. Un cambio dramático, sin embargo, es cómo se articulan sus diferentes funciones.

Ni la nación ni los nacionalismos precedieron históricamente a los Estados. América Latina es un ejemplo peculiarmente importante en ese sentido. El “principio de las nacionalidades” es muy posterior a los procesos de las independencias.



La distribución de territorios estatales se sustentó básicamente en las distribuciones administrativas coloniales y las disputas de poder entre ciudades con sus *binterland*, y no en alguna forma de identidad comunitaria.

En ese sentido, la nación, como modo de imaginación de pertenencia a una comunidad, es consecuencia del Estado, de sus dispositivos, de sus políticas culturales. De sus arduos trabajos de nacionalización.

Como la nación es producto del Estado y el Estado excluyente no produce nación, podría suponerse que la nación se encuentra en proceso de desaparición. Sin embargo, no se constata por diferentes motivos. Primero, hasta ahora no ha surgido ningún otro interlocutor equivalente que tenga legitimidad y legalidad para definir políticas de ciudadanía. Por lo tanto, los reclamos de los movimientos sociales se dirigen básicamente al Estado. Segundo, en algunos de esos procesos la identificación nacional ha cumplido un papel relevante en la articulación de demandas hacia el Estado. Tercero, el espacio nacional continúa siendo un ámbito decisivo para la elaboración de la experiencia social y la generación de sentidos.

La nación como identificación

Precisemos qué entendemos por nación. En nuestra perspectiva, hay dos dimensiones diferentes, aunque interrelacionadas. Por una parte, la nación es un modo específico de

identificación. Por otra parte, la nación es un espacio de diálogo y disputa de actores sociales.

Como identificación, la nación se vincula a los procesos históricos de imaginación de pertenencia comunitaria. En ese plano, la nación se encuentra en proceso de articulación y desarticulación con las ideas de “pueblo” y “Estado”. A veces la nación se articula y legitima al Estado: desde conflictos bélicos hasta políticas internas pueden sostenerse en función de “intereses nacionales”. En otras ocasiones se presentan grietas entre Estado y nación, en la medida en que “nación” sea comprendida como “pueblo” y que el Estado sea percibido como afectando los intereses populares. En muchos países de América Latina (la Argentina entre ellos) las ideas de nación y Estado se desarticulan constantemente, hasta el punto de que la visión socialmente prevaleciente puede explicar el desamparo y la devastación de la nación como consecuencia de persistentes políticas del Estado, en las cuales el Estado aparece más cercano a intereses extranjeros o tan sectoriales que no consigue articularse con idea alguna acerca de la nación.

Esta conceptualización permite comprender por qué un modo de imaginación construido históricamente por dispositivos estatales puede mucho más que sobrevivir a la transformación de esos dispositivos. El retiro social del Estado puede generar, o actualizar, una articulación entre la idea de pueblo y la de nación en oposición a Estados antipopulares o antinacionales. El movimiento social puede recoger



justamente el modo nacional de identificación que, legitimado por el Estado en otros contextos históricos, es irrenunciable explícitamente en la medida en que constituye la única vía de legitimación de su propia existencia.

Así, un Estado que renuncia a la construcción de la nación en los hechos de sus políticas, aunque nunca en las formas difusas de sus imaginarios, puede generar procesos de nacionalización e incluso retóricas nacionalistas, aún más fuertes que a través de los mecanismos de imposición de identificaciones nacionales. En esa posibilidad se encuentra concentrada la ambivalencia de la nación, una ambivalencia simbólica y ético-política. La nación, como referencia de consenso, aparece y se revela como una de las categorías más polisémicas ubicadas en el centro mismo del conflicto social que se desarrolla en el espacio nacional.

Para analizar la dimensión identitaria de la nación es relevante el constructivismo, a condición de incorporar en el análisis como conceptos nodales a los sentidos prácticos de la acción social y a la sedimentación experiencial. Esos conceptos permiten comprender, entre otras cuestiones clave, por qué las identificaciones nacionales en el mundo contemporáneo ya no son construidas desde arriba hacia abajo, sino muchas veces al revés, así como por qué pueden dejar de ser el corset ideológico de la hegemonía para devenir (como en otros momentos históricos) articuladores y fuentes de legitimidad

de movimientos sociales que enfrenten al neoliberalismo.

Esto implica que lejos de entrar en alguna era “posnacional” estamos más cerca de nuevos usos de la nación, incluso usos cosmopolitas y transnacionales, que aún deben ser estudiados.

Las experiencias nacionales

La nación no es sólo una categoría clave de identificación política. Es también un marco central de la experiencia social y de la constitución de los actores políticos. Un espacio nacional delimita el marco de una experiencia histórica, un tipo de vínculo específico entre las “partes” o “grupos” que conviven, una relación especial entre Estado y sociedad civil.

Todas las naciones son heterogéneas en dos sentidos diferentes. Primero, lo evidente: los “elementos”, las partes de las que se constituyen son distintas. Segundo, lo más importante: el modo específico en que esas partes son combinadas y articuladas son muy específicas. A eso alude el concepto de Segato (1998) de naciones como “formaciones de diversidad”. Cada Estado constituyó un espacio nacional estableciendo modos específicos de interlocución entre los sectores de la sociedad. Hay modos de identificarse, de presentarse, de organizarse y de actuar que son legítimos y comprensibles en una sociedad y no en otras. Antes que especular acerca de las supuestas “culturas nacionales” que definen una identidad,



deberíamos estudiar cómo la elaboración de experiencias históricas específicas configura “culturas nacionales del relacionamiento”.

Es decir, la sedimentación de la experiencia histórica hace que ciertos vínculos y ciertos modos de realizar los vínculos sean posibles, preferibles o exclusivos en ciertos países y puedan resultar extraños, excepcionales o inviábiles en otros. Por ejemplo, la relevancia de lenguajes étnicos, raciales, de clase o estrictamente políticos como organizadores distintos del conflicto social no presentan correlación alguna con factores demográficos. La Argentina tiene una mayor proporción de indígenas que Brasil, y mientras en este último los indígenas tienen una importante visibilidad en la Argentina muchas veces se supone que ya no habría más indios.

La sedimentación de la experiencia histórica también incide en modos de negociación y enfrentamiento con distintos grados de radicalidad, en modos de organización más o menos verticales o clientelares, en concepciones acerca de los tiempos y espacios de la protesta. No estamos afirmando que en un país exista un padrón único o uniforme de modos de acción y organización, de sentidos del tiempo y el espacio. Tampoco estamos diciendo que esos padrones no cambien a través del tiempo. Estamos diciendo, en cambio, que los padrones prevalecientes son en gran medida comprensibles y explicables a través de experiencias históricas nacionales que pueden hacerse presentes en momento clave, incluso de manera dramática, como límites de la imaginación política.

Referências Bibliográficas

CARVALHO, José Murilo de. *A formação das almas: o imaginário da República do Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras, 1990.

SEGATO, Rita. Alteridades históricas/identidades políticas: uma crítica às certezas do pluralismo global. *Série Antropologia*, nº 234. Brasília: UnB, 1998, p. 161-196

WILLIAMS, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Penín-sula, 1980.



Abstract – “Neoliberalism” is usually a synonym for a type of economic model. One must understand that “neoliberalism” usually refers to the social-cultural framework that makes it possible and that results from this form of economics and politics. The point is to think of the historic conditions of social imagination which have made it possible and that have emerged as a consequence of neoliberal policies. The challenge is to make an analysis and to evaluate the time span comprised between the late 80’s and the early 90’s. This text goes over some ideas at the basis of a project of this sort. As a cultural framework which exceeds a type of government or economic policy, neoliberalism has acted (and acts) upon the way the world is narrated, upon the meanings ascribed to the past and to the future in the characteristics of intellectual projects, in everyday practices, in the perception and the use of space, in the modes of identification and in political action.

Keywords: culture; hegemony; neoliberalism; nation; identity; Latin America.

Resumen – “Neoliberalismo” es generalmente sinónimo de un tipo de modelo económico. Es necesario considerar que “neoliberalismo” se refiere también a la configuración sociocultural que hace posible, y que resulta de, esa forma de la economía y la política. Se trata de pensar acerca de las condiciones históricas de la imaginación social que tornaron posible y que emergieron como consecuencia de las políticas neoliberales. El desafío consiste en realizar un análisis y balance del período que se abre en diferentes países latinoamericanos entre fines de los años ochenta e inicios de los noventa. Este texto pretende plantear algunas ideas necesarias para un proyecto de ese tipo. Como configuración cultural que excede un tipo de gobierno o de política económica, el neoliberalismo incidió (e incide) en los modos en que el mundo es narrado, en los sentidos adjudicados al pasado y al futuro, en las características de los proyectos intelectuales, en las prácticas de la vida cotidiana, en la percepción y el uso del espacio, en los modos de identificación y acción política.

Palabras-clave: cultura; hegemonía; neoliberalismo; nación; identidad; América Latina.

